

grarse de padecerlos, no es de muchos. Y así ya que estaba tan apretada, que duró poco, y con dolores muy escesivos, y una postema que le dió dentro de la garganta, que no la dejaba tragar. Estaban algunas de las hermanas, y dijo á la priora, cómo la debía consolar, y animar á llevar tanto mal, que ninguna pena tenia, ni se trocaria por ninguna de las hermanas que estaban muy buenas. Tenia tan presente aquel Señor por quien padecía, que todo lo demás que ella podia rodear, porque no entendiesen lo mucho que padecía; y así, sino era cuando el dolor la apretaba mucho, se quejaba muy poco. Pareciale, que no habia en la tierra cosa mas ruia que ella, y así en todo lo que se podia entender, era grande su humildad. En tratando de virtudes de otras personas, se alegraba muy mucho: en cosas de mortificación era estremada: con una disimulacion se apartaba de cualquier cosa que fuese de recreacion, que sino era quien andaba con aviso, no la entendian. No parecia que vivia, ni trataba con las criaturas, segun se le daba poco de todo: que de cualquiera manera que fuesen las cosas, las llevaba con una paz, que siempre la veian estar en un ser. Tanto, que le dijo una vez una hermana, que parecia de unas personas que hay muy hoaradas, que aunque mueran de hambre, lo quieren más, que no que lo sientan los de fuera, porque no podian creer que ella dejaba de sentir algunas cosas, aunque tampoco se le parecia.

5. Todo lo que hacia de labor, y de oficios, era con un fin, que no dejaba perder el mérito, y así decia á las hermanas: *No tiene precio la cosa mas pequeña que se hace, si vá por amor de Dios.* No habiamos de menear los ojos, hermanas, sino fuese por este fin, y por agradarle. Jamás se entremetia en cosa que no estoviese á su cargo, así no veia falta de nadie, sino de sí. Sentia tanto que dellá se dijese ningun bien, que así traia cuenta con no lo decir de nadie en su presencia, por no las dar pena.

6. Nunca procuraba consuelo, ni en irse á la huerta, ni en cosa criada; porque segun ella dijo, groseria era buscar alivio de los dolores que nuestro Señor le daba; y así nunca pedia cosa, sino lo que le daban: con esto pasaba. Tambien decia, que antes le seria cruz tomar consuelo en cosa que no fuese Dios. El caso es, que informándome yo de las de casa, no hubo ninguna que hubiese visto en ella cosa que pareciese sino de alma de gran perfeccion.

7. Pues venido el tiempo en que nuestro Señor la quiso llevar desta vida, crecieron los dolores, y tantos males juntos, que para alabar á nuestro Señor de ver el contento como lo llevaba, la iban á ver algunas veces. En especial tuvo gran deseo de hallarse á su muerte el capellan

que confiesa en aquel monasterio, que es harto siervo de Dios, que como él la confesaba, tenía la por santa. Fué Dios servido que se le cumplió este deseo, que como estaba con tanto sentido, y ya oleada, llamáronle, para que si hubiese menester aquella noche reconciliarla, y ayudarla á morir. Un poco antes de las nueve, estando todas con ella, y él lo mismo, como un cuarto de hora antes que muriese, se le quitaron todos dos dolores, y con una paz muy grande levantó los ojos, y se le puso un alegría de manera en el rostro, que pareció como un resplandor, y ella estaba como quien mira alguna cosa que la dá gran alegría, porque así se sonrió por dos veces. Todas las que estaban allí, y el mismo sacerdote, fué tan grande el gozo espiritual, y alegría que recibieron, que no saben decir mas de que les parecia que estaban en el cielo. Y con esta alegría que digo, los ojos en el cielo, espiró, quedando como un ángel, que así lo podemos creer (segun nuestra fe, y segun su vida) que la llevó Dios á descanso, en pago de lo mucho que habia deseado padecer por él.

8. Afirma el capellan (y así lo dijo á muchas personas) que al tiempo de echar el cuerpo en la sepultura, sintió en él grandísimo, y muy suave olor. Tambien afirma la sacristana, que de toda la cera que en su enterramiento, y honras ardió, no halló cosa desmenuada de la cera. Todo se puede creer de la misericordia de Dios. Tratando estas cosas con un confesor suyo de la Compañía de Jesús, con quien habia muchos años confesado, y tratado su alma, dijo, que no era mucho, ni él se espantaba, porque sabia que tenia nuestro Señor mucha comunicacion con ella. Plega á su Majestad, hijas mías, que nos sepamos aprovechar de tan buena compañía como esta, y otras muchas que nuestro Señor nos dá en estas casas. Podrá ser que diga alguna cosa dellas, para que se esfuerden á imitar las que van con alguna tibieza, y para que alabemos todas al Señor, que así resplandece su grandeza en unas flacas mujercitas.

CAPITULO XIII.

En que trata cómo se comenzó la primera casa de la regla primitiva, y por quien de los Descalzos carmelitas, Año de 1568.

1. Antes que yo fuese á esta fundacion de Valladolid, como ya tenia concertado con el padre fray Antonio de Jesús, que era entonces prior en Medina en Santa Ana, que es de la Orden del Carmen, y con fray Juan de la Cruz (como ya tengo dicho) de que serian los primeros que entrasen, si se hiciese monasterio de la primera regla de Descalzos, y como yo no tuviese remedio para tener casa, no hacia sino encomendarlo á nuestro Señor, porque, como he dicho, ya estaba satisfecha

destos padres; porque al padre fray Antonio de Jesus habia el Señor bien ejercitado (un año que habia que yo lo habia tratado con él) en trabajos, y lleváolos con mucha perfeccion: del padre fray Juan de la Cruz nunca prueba era menester, porque aunque estaba entre los del Paño Calzados, siempre habia hecho vida de mucha perfeccion, y religion.

2. Fué nuestro Señor servido, que como me dió lo principal, que eran frailes que comenzasen, ordenó lo demás. Un caballero de Avila, llamado D. Rafael, con quien yo jamas habia tratado, no sé cómo (que no me acuerdo) vino á entender que se quería hacer un monasterio de Descalzos, y vino á ofrecer, que me daría una casa que tenia en un lugarcillo de hartos pocos vecinos, que me parece no serian veinte; que no me acuerdo ahora, que la tenia allí para un rentero, que recogia el pan de renta que tenia allí. Yo (aunque vi cual debia ser) alabé á nuestro Señor, y agradeciselo mucho. Díjome que era camino de Medina del Campo, que iba yo por allí para ir á la fundacion de Valladolid, que es camino derecho, y que la veria. Yo dije que lo haria, y aun así lo hice, que partí de Avila por junio con una compañera, y con el padre Julian de Avila, que era el sacerdote que he dicho, que me ayudaba en estos caminos, capellan de san José de Avila. Aunque partimos de mañana, como no sabíamos el camino, errámosle: y como el lugar es poco nombrado, no se hallaba mucha relacion dél. Así anduvimos aquel día con harto trabajo, porque hacia muy recio sol: cuando pensábamos estábamos cerca, habia otro tanto que andar; siempre se me acuerda del cansancio, y desvario que traíamos en aquel camino. Así llegamos poco antes del anocheer: como entramos en la casa estaba de tal suerte, que no nos atrevimos á quedar allí aquella noche, por causa de la demasiada poca limpieza que tenia, y mucha gente del Agosto. Tenia un portal razonable, y una cámara doblada con su desván, y una cocinilla; este edificio todo tenia nuestro monasterio. Yo consideré que el portal se podia hacer iglesia, y el desván coro, que venia bien, y dormir en la cámara. Mi compañera, aunque era harto mejor que yo, y muy amiga de penitencia, no podia sufrir que yo pensase hacer allí monasterio, y así me dijo: *Cierto, madre, que no haya espíritu (por bueno que sea) que lo pueda sufrir: vos no trateis desto.*

3. El padre que iba conmigo, aunque le pareció lo que á mi compañera, como le dije mis intentos, no me contradijo. Fuimonos á tener la noche en la iglesia, que para el cansancio grande que llevábamos, no quisiéramos tenerla en vela. Llegados á Medina, hablé luego con el padre fray Antonio, y díjele lo que pasaba, y que si ternia corazon para

estar allí algun tiempo, que tuviese cierto, que Dios lo remediaria presto, que todo era comenzar. Paréceme tenia tan delante lo que el Señor ha hecho, y tan cierto (á manera de decir) como ahora que lo veo, y aun mucho mas de lo que hasta ahora he visto, que al tiempo que esto escribo hay diez monasterios de Descalzos, por la bondad de Dios; y que creyese, que no nos daría la licencia el provincial pasado, ni el presente (que habia de ser con su consentimiento, segun dije al principio) si nos viese en casa muy medrada: dejado que no teniamos remedio dello, y que en aquel lugarcillo, y casa, que no harian caso dellos. A él le habia puesto Dios mas ánimo que á mí; y así dijo, que no solo allí, mas que estaria en una pocilga. Fray Juan de la Cruz estaba en lo mesmo: ahora nos quedaba alcanzar la voluntad de los dos padres que tengo dichos, porque con esa condicion habia dado la licencia nuestro padre general. Yo esperaba en nuestro Señor de alcanzarla, y así dije al padre fray Antonio, que tuviese cuidado de hacer todo lo que pudiese en allegar algo para la casa, y yo me fui con fray Juan de la Cruz á la fundacion que queda escrita de Valladolid; y como estuvimos algunos dias con oficiales, para recoger la casa sin clausura, habia lugar para informar al padre fray Juan de la Cruz de toda nuestra manera de proceder, para que llevase bien entendidas todas las cosas, así de mortificación, como del estilo de hermandad, y recreacion que tenemos juntas; que todo es con tanta moderacion, que solo sirve de entender allí las faltas de las hermanas, y tomar un poco de alivio, para llevar el rigor de la regla. El era tan bueno, que al menos yo podia mucho mas deprender dél, que él de mí: mas esto no era lo que yo hacia, sino el estilo del proceder de las hermanas.

4. Fué Dios servido que estaba allí el provincial de nuestra Orden, de quien yo habia de tomar el beneplácito, llamado fray Alonso Gonzalez, era viejo, y harto buena cosa, y sin malicia. Yo le dije tantas cosas, y de la cuenta que daría á Dios, si tan buena obra estorbaba, cuando se la pedi, y su Majestad que le dispuso (como queria que se hiciese) que se ablandó mucho. Venida la señora doña Maria de Mendoza, y el obispo de Avila su hermano, que es quien siempre nos ha favorecido, y amparado, lo acabaron con él; y con el padre fray Angel de Salazar, que era el provincial pasado, de quien yo temia toda la dificultad. Mas ofrecióse entonces cierta necesidad, que tuvo menester el favor de la señora doña Maria de Mendoza, y esto creo ayudó mucho, dejado que aunque no hubiera esta ocasion, se lo pusiera nuestro Señor en corazon, como al padre general, que estaba bien fuera dello. ¡O váleme Dios, qué de cosas he visto en estos negocios, que parecian imposibles, y cuán

fácil ha sido á su Majestad allanarlas! Y qué confusión mia es, viendo lo que he visto, no ser mejor de lo que soy, que ahora que lo voy escribiendo, me voy espantando, y deseando que nuestro Señor dé á entender á todos como en estas fundaciones no es casi nada lo que hemos hecho las criaturas, todo lo ha ordenado el Señor por unos principios tan bajos, que solo su Majestad lo podia levantar en lo que ahora está. Sea por siempre bendito.

CAPITULO XIV.

Prosigue en la fundacion de la primera casa de los Descalzos carmelitas. Dice algo de la vida que allí hacian, y del provecho que comenzó á hacer nuestro Señor en aquellos lugares, á honra, y gloria de Dios.

1. Como yo tuve estas dos voluntades, ya me parecia no me faltaba nada. Ordenamos, que el padre fray Juan de la Cruz fuese á la casa, y lo acomodase de manera, que como quiera pudiesen entrar en ella, que toda mi priesa era, hasta que comenzasen, porque tenia gran temor no nos viniese algun estorbo, y así se hizo. El padre fray Antonio ya tenia algo allegado de lo que era menester, ayudábase lo que podiamos, aunque era poco. Vino allí á Valladolid á hablarme con gran contento, y díjome lo que tenia allegado, que era harto poco, solo de rebojes iba proveído, que llevaba cinco, que me cayó en harta gracia. Díjome, que para tener las horas concertadas, que no queria ir desapercibido: creio aun no tenía en que dormir. Tardóse poco en aderezar la casa, porque no habia dinero, aunque quisieran hacer mucho. Acabado, el padre fray Antonio renunció su priorazgo, y prometió la primera regla; que aunque le decian lo probase primero, no quiso ir á su casita con el mayor contento del mundo; ya fray Juan estaba allí.

2. Dichó me há el padre fray Antonio, que cuando llegó á vista del lugarillo, le dió un gozo interior muy grande, y le pareció que habia ya acabado con el mundo, en dejarlo todo, y meterse en aquella soledad; á donde al uno, y al otro no se le hizo la casa mala, sino que les parecia estaban en grandes deleites. ¡O válamé Dios! ¡qué poco hacen estos edificios, y regalos exteriores para lo interior! Por su amor os pido, hermanas, y padres míos, que nunca dejéis de ir muy moderados en esto de casas grandes, y suntuosas; tengamos delante á nuestros fundadores verdaderos, que son aquellos santos padres, de donde decendimos, que sabemos, que por aquel camino de pobreza, y humildad gozan de Dios.

3. Verdaderamente he visto haber mas espíritu, y aun alegría interior, cuando parece que no tienen los cuerpos como estar acomodados,

que despues que ya tienen mucha casa, y lo están: por grande que sea, ¿qué provecho nos trae, pues solo de una celda es lo que gozamos continuo, que esta sea muy grande, y bien labrada, ¿qué nos vá? Si, que no hemos de andar mirando las paredes. Considerando, que no es la casa que nos ha de durar para siempre, sino tan breve tiempo, como es el de la vida, por larga que sea se nos hará todo suave, viendo que mientras menos nos tuviéremos acá, mas gozaremos en aquella eternidad, á donde son las moradas conforme al amor con que hemos imitado la vida de nuestro buen Jesus. Si decimos, que son estos principios para renovar la regla de la Virgen su Madre, señora, y patrona nuestra, no la hagamos tanto agravio, ni á nuestros santos padres pasados, que dejemos de conformarnos con ellos; y aunque por nuestra flaqueza, en todo no podamos, en las cosas que no hace, ni deshace para sustentar la vida, habiamos de andar con gran aviso, pues todo es un poquito de trabajo sabroso, como lo ternian estos dos padres; y en determinándonos de pasarlo, es acabada la dificultad, que toda es la pena un poquito al principio.

4. Primero, ó segundo domingo de Adviento deste año de 1568 (que no me acuerdo cual destos domingos fué) se dijo la primera misa en aquel portalico de Belén, que no me parece era mejor. La Guaresma adelante, viniendo á la fundacion de Toledo me vine por allí; llegué una mañana, estaba el padre fray Antonio de Jesus barriendo la puerta de la iglesia, con un rostro de alegría, que él tiene siempre; yo le dije: ¿Qué es esto, mi padre? ¿Qué se ha hecho la honra? Díjome estas palabras, diciéndome el gran contento que tenia: Yo maldigo el tiempo que la tuve. Como entré en la iglesia, quedéme espantada de ver el espíritu que el Señor habia puesto allí: y no era yo sola, que dos mercaderes que habian venido de Medina hasta allí conmigo, que eran mis amigos, no hacian otra cosa, sino llorar. Tenia tantas cruces, tantas calaveras:

5. Nunca se me olvida una cruz pequeña de palo que tenia, para el agua bendita, que tenia en ella pegada una imagen de papel con un Cristo, que parecia ponía mas devocion, que si fuera de cosa muy bien labrada. El coro era el desván, que por mitad estaba alto, que podian decir las Horas, mas habianse de abajar mucho para entrar, y para oír misa: tenian á los dos rincones hácia la iglesia dos ermitillas (á donde no podian estar sino echados, ó sentados) llenas de heno, porque el lugar era muy frio, y el tejado casi les daba sobre las cabezas, con dos ventanillas hácia el altar, y dos piedras por cabeceras, y allí sus cruces, y calaveras. Supe, que despues que acababan Maitines, hasta Prima,

no se tornaban á ir, sino alli se quedaban en oracion, que la tenian tan grande, que les acaccia ir con harta nieve los hábitos, cuando iban á Prima, y no lo haber sentido. Decian sus Horas con otro padre de los del Paño, que se fué con ellos á estar, aunque no mudó hábito, porque era muy enfermo, y otro fraile mancebo, que no era ordenado, que tambien estaba allí.

6. Iban á predicar á muchos lugares, que estaban por allí comarcanos, sin ninguna doctrina, que por esto tambien me holgué se hiciese allí la casa, que me dijeron, que ni habia cerca monasterio, ni de donde la tener, que era gran lástima. En tan poco tiempo era tanto el crédito que tenian, que á mi me hizo grandísimo consuelo, cuando lo supe: iban (como digo) á predicar legua y media, y dos leguas, descalzos (que entonces no traian alpargatas, que despues se las mandaron poner) y con harta nieve, y frio, y despues que habian predicado, y confesado, se tornaban bien tarde á comer á su casa, con el contento todo se les hacia poco. Desto de comer tenian muy bastante; porque de los lugares comarcanos los proveian mas de lo que habian menester, y venian allí á confesar algunos caballeros, que estaban en aquellos lugares á donde les ofrecian ya mejores casas, y sitios. Entre estos fué uno don Luis, señor de las Cinco-villas. Este caballero habia hecho una iglesia para una imágen de nuestra Señora, cierto bien digna de poner en veneracion: su padre la envió desde Flandes á su abuela, ó madre (que no me acuerdo cual) con un mercader; él se aficionó tanto á ella, que la tuvo muchos años, y despues á la hora de la muerte mandó se la llevasen en un retablo grande, que yo no he visto en mi vida (y otras muchas personas dicen lo mesmo) cosa mejor. El padre fray Antonio de Jesus, como fué á aquel lugar á petición deste caballero, y vió la imágen, aficionóse tanto á ella, (y con mucha razon) que aceptó el pasar allí el monasterio: llámase este lugar Mancera, aunque no tenia ninguna agua de pozo, ni de ninguna manera parecia la podian tener allí. Labróles este caballero un monasterio (conforme á su profesion) pequeño, y dió ornamentos: hizolo muy bien.

7. No quiero dejar de decir, cómo el Señor les dió agua, que se tuvo por cosa de milagro. Estando un dia despues de cenar el padre fray Antonio (que era prior) en la claustra con sus frailes, hablando en la necesidad de agua que tenian, levantóse el prior, y tomó un bordon que traía en las manos, y hizo en una parte dél la señal de la cruz (á lo que me parece, que aun no me acuerdo bien si hizo cruz, mas en fin, señaló con el palo) y dijo: *Ahora cava aquí*; á muy poco que cavarón, salió tanta agua, que aun para limpiarle es dificultoso de limpiar, y de

agotar, y agua de beber muy buena, que toda la obra han gastado de allí, y nunca (como digo) se agota. Despues que cercaron una huerta, han procurado tener agua en ella, y hecho noria, y gastado harto, hasta ahora (cosa que sea nada) no la han podido hallar.

8. Pues como yo ví aquella casita, que poco antes no se podia estar en ella, con un espiritu, que á cada parte que miraba, hallaba con qué me edificar, y entendi de la manera que vivian, y con la mortificación, y oracion, y el buen ejemplo que daban (porque allí me vino á ver un caballero, y su mujer, que yo conocia, que estaba en un lugar cerca, y no me acababan de decir de su santidad, y el gran bien que hacian en aquellos pueblos) no me hartaba de dar gracias á nuestro Señor, con un gozo interior grandísimo, por parecerme, que veía comenzado un principio, para gran aprovechamiento de nuestra Orden, y servicio de nuestro Señor. Plega á su Majestad, que lo lleve adelante, como ahora van, que mi pensamiento será bien verdadero. Los mercaderes que habian ido conmigo, me decian, que por todo el mundo no quisieran haber dejado de venir allí. ¡Qué cosa es la virtud, que mas les agradó aquella pobreza, que todas las riquezas que ellos tenian, y les hartó, y consoló su alma!

9. Despues que tratamos aquellos padres, y yo algunas cosas, en especial (como soy flaca, y ruin) les rogué mucho no fuesen en las cosas de penitencia con tanto rigor, que le llevaban muy grande, y como me habia costado tanto deseo, y oracion, que me diese el Señor quien lo comenzase, y veía tan buen principio, temía no buscarse el demonio cómo los acabar, antes que se efetuase lo que yo esperaba: como imperfecta, y de poca fe, no miraba que era obra de Dios, y su Majestad la habia de llevar adelante. Ellos, como tenian estas cosas que á mi me faltaban, hicieron poco caso de mis palabras para dejar sus obras: y así me fui con harto grandísimo consuelo, aunque no daba á Dios las alabanzas que merecia tan gran merced. Plega á su Majestad por su bondad, sea yo digna de servir en algo, lo muy mucho que le debo. Amen. Que bien entendia era esta muy mayor merced, que la que me hacia en fundar casas de monjas.

CAPITULO XV.

En que se trata la fundacion del monasterio del glorioso san José en la ciudad de Toledo, que fué año de 1369.

1. Estaba en la ciudad de Toledo un hombre honrado, y siervo de Dios, mercader, el cual nunca se quiso casar, sino hacia una vida como muy católico, hombre de gran verdad, y honestidad, con trato lícito